

AGUALONGO: CAUDILLO Y LIDER DEL CONSERVADURISMO PASTUSO

GERARDO LEON GUERRERO VINUEZA*

El caudillo heroico Agualongo, fue fusilado en la ciudad de Popayán; antes de enfrentarse a sus verdugos expresó: "Si tuviera mil vidas, estaría dispuesto a inmolarlas por mi religión y por el rey de España"; es decir, por Dios y por el monarca español; el ideal celeste junto al ideal terreno se unieron en su alma y lo llevaron a luchar incansable en la Nueva Granada y el Reino de Quito.

Este hombre transitó las montañas y los valles, los barrancos, ríos y caminos; traspasó los ardientes climas del Patía y de la Costa Pacífica, como también los fríos páramos andinos de las dos regiones para impedir el avance de la revolución; peleó, sufrió y cayó vencido cuando los estandartes de la independencia flameaban victoriosos en nuestra patria y en otros países de Hispanoamérica.

El mestizo Juan Agustín Agualongo nació un año antes de la revolución de los comuneros, en 1780; fueron tiempos signados por la rebeldía de la indiada contra el régimen fiscal de la corona española y por el tenaz señalamiento y crítica a los burócratas y represivos funcionarios de la Real Hacienda, representantes de un sistema que, treinta años más tarde, entraría a defender con apasionado ahínco.

En 1811, Agualongo, el futuro caudillo, entró a formar parte de las milicias de Pasto

para luchar por la "defensa del soberano, el amado Fernando VII", preso en Bayona, como también por la "Religión y la Madre patria" amenazadas por los "herejes" de Francia que, al mando de Napoleón, habían invadido la Península.

Desde su ingreso a los ejércitos realistas hasta su muerte en 1824, mantuvo firme su ideal, sus ideas y su juramento de defender las "legítimas potestades" y los "Sagrados derechos" de una nación en crisis.

Las primeras acciones como soldado del rey las efectuó el mismo año de su ingreso a las milicias cuando los patriotas quiteños realizaron la segunda invasión a Pasto en 1811; ante el triunfo de los hombres que lucharon por la libertad, Agualongo huyó al Patía; de ahí regresaría un año más tarde al lado de los patianos y de personalidades destacadas de Pasto, que habían huido cuando Don Joaquín de Caicedo y Cuero, en acción coordinada con los quiteños sometió a la ciudad realista bajo la presión de dos fuegos provenientes del sur y del norte; Agualongo ascendió al primer escalafón dentro de la jerarquía militar realista, pues le otorgó el grado de cabo.

En la vida militar, cuantos más méritos se acumulan, en la misma proporción se reciben los ascensos; en tal virtud y por su "valerosa conducta" en el enfrentamiento contra los jefes Caicedo y Macaulay en Catambuco -1812-, recibió el título de Sargento; después, entre 1813 y 1814, participó en las incursiones contra el Valle del Cauca y

* *Doctor en Historia de América, Universidad Complutense de Madrid, España. Profesor Facultad de Ciencias Humanas y del Centro de Estudios e Investigaciones Latinoamericanas, Universidad de Nariño.*

Popayán al lado de Sámano y junto al presidente del Reino de Quito, Aymerich.

Los años mencionados hasta 1815, fueron muy significativos en la vida de este hombre; el teniente coronel Pedro Noriega resaltó en su informe el “valor del sargento de milicias Agustín Agualongo”.

El triunfo alcanzado por Pasto sobre el “masón”, “impío” y “hereje”, como lo calificaron al precursor, afianzó en la conciencia del militar realista las ideas nefastas y negativas contra la revolución de independencia, como también fortaleció el pensamiento de que la causa por la cual luchaba era santa; sus jefes del momento, Estanislao Merchancano y Ramón Zambrano, lo catalogaron como un “militar fuerte”, “atrevido”, “disciplinado” y de “gran coraje”; por eso fue preferido y a la vez respetado; no olvidemos que hizo parte de la guardia personal de Sámano, de aquel que levantó cadalsos por doquier y envió al patíbulo a lo más granado de la juventud revolucionaria.

Agualongo contribuyó al “plan de guerra a muerte” declarado y ejecutado por Morillo; de ahí que, entre 1816 a 1819, antes de la batalla de Boyacá, participó en varias acciones en el norte e hizo méritos especialmente en la Batalla de la Cuchilla del Tambo donde al batallón Pasto, al cual perteneció, le tocó, por su posición estratégica, la mayor embestida del asalto. Por recomendación que Sámano elevara al “pacificador” Morillo, Agualongo ascendió a la jerarquía de la oficialidad con el grado de teniente agregado del orden del excelentísimo Sr. Virrey; con este título regresó a Pasto después de que los realistas fueron derrotados en la histórica faena de Boyacá.

En 1820 fue incluido por Don Sebastián de la Calzada en la “legión” pastusa que puso sitio a Popayán y Pitayó, donde fueron derrotados con la circunstancia adversa de

encontrarse solos en medio de un territorio liberado y sin la posibilidad de obtener apoyo; los derrotados regresaron a la ciudad sagrada del realismo, aquí lo esperaban para vincularlo en la “división de Pasto” que Aymerich solicitaba desde Quito para enfrentar al futuro héroe de Ayacucho Antonio José de Sucre. En la tierra de los Incas, combatió en las batallas de Yaguachi, Guachi y Pichincha. La derrota infligida a los ejércitos del rey hace que Agualongo, unido a Boves, se encaminara hacia Pasto con la fatal noticia del fracaso; en sus charretas luce las insignias de teniente coronel. Desde 1812 hasta 1824, su vida transita por insospechados caminos que las circunstancias de la guerra le imponen, ya por los del triunfo, ya por los de la derrota, pero siempre empuñando las armas de la monarquía con firmeza y prestas a disparar al corazón de la naciente República.

No sabemos la causa, ni tampoco conocemos qué pasó con Agualongo en la Batalla de Bomboná; según sus biógrafos, éste no participó; reapareció en 1823 y de ahí en adelante toda la historia política-militar de Pasto gira alrededor de él, pues libró enconados enfrentamientos hasta cuando cae fusilado en Popayán en 1824; murió “de cara al sol, gritando viva el Rey de España”.

Varios historiadores nariñenses manifiestan que Agualongo no alcanzó a enterarse de la cédula real que le confería el grado de “General de Brigada de los ejércitos del Rey”; la verdad es que nadie ha transcrito y publicado tal orden y no aparece en los archivos españoles de la época.

Agualongo fue un individuo con genio que, impulsado por un sólido fundamento, defendió un tradicionalismo decadente; esas acciones en una sociedad en proceso de desintegración, pueden ocasionar destellos en medio de una oscuridad cuya influencia

puede ser decisiva, más aún cuando ese hombre es creador, con capacidad, prestigio y asidero social; su oposición a las instituciones en vía de establecerse puede ser una chispa incendiaria de la reacción, tal y conforme sucedió con la actividad de Agualongo; en otras palabras, viene a ser el salvador que orienta su fuerza en procura de sostener una causa perdida.

Por su profunda convicción, este hombre pretendió mantener hundida la espada que España enterró trescientos años en el cuerpo de América; él y sus seguidores intentaron revivir una sociedad en colapso porque con titánicos esfuerzos quisieron hacer de cada victoria un triunfo de la España decadente y de cada huída un nuevo avance de la metrópoli en crisis.

La manida consigna de la "defensa del Rey, de la religión y de la patria", la minoría dominante y el caudillo mestizo nunca dejaron de corearla y no descansaron porque había intereses que defender; la palabra se plasmó en la tergiversación y las balas se dispararon contra las ideas libertarias; su mérito fue la firmeza que tuvo para mantener una esperanza siempre viva, por ello es símbolo de valor ya que el transfondo de su lucha fue tratar de mantener el viejo sistema, el orden feudal establecido; fue, en últimas, el hijo legítimo del orden que murió gritando la "trágica frustración de su idealismo".

Abundan los calificativos para Agualongo: "Caudillo famoso", "griego por astucia, romano por la fuerza de carácter"; en él "cristalizaron por modo magnífico las más raras virtudes humanas..."; "hombre grande por leal y por hidalgo... glorioso por heroico", etc.; lo cierto es que Agualongo fue fanático, enemigo jurado de los patriotas y brazo armado de la reacción pastusa, tuvo el valor de abrir las compuertas del odio y la guerra civil en Pasto; este símbolo levantado como

ejemplo de la raza, es el mito del conservadurismo a ultranza porque fuerte fue su fe en las instituciones coloniales. ¿Habrá que venerar al héroe que luchó por anclar a Pasto en el pasado?

El culto a los héroes, decía Carlyle "es para nosotros, en las actuales circunstancias, un hecho preciosísimo, un hecho consolador, en que puede el pensamiento humano satisfactoriamente solazarse en estos momentos críticos de la mundial historia. Existe en este hecho una esperanza, siempre viva, y renaciente para el buen orden y regeneración del mismo. Si todos los órdenes sociales compaginados por los hombres estuviesen condenados a desaparecer y hundirse, jamás se apartaría de nuestros corazones aquella fe consoladora." (Carlyle. "Los héroes 1985).

Según Carlyle, en los momentos críticos, el culto a los héroes es un hecho consolador y fundamental para el buen orden, por eso en Pasto ciertos sectores resaltan la figura de Agualongo porque defendió el orden, fue el misionero del oprobioso sistema, de ahí que en los períodos críticos de la historia de Nariño la vida del caudillo recobra vigencia y cada vez se proclama y enaltece la epopeya de esta figura valerosa pero fanáticamente promonárquica.

BIBLIOGRAFIA

1. SAÑUDO, José Rafael. "Estudios sobre la vida de Bolívar". Bogotá, Ed. PLANETA, 1995.
2. ORTIZ, Sergio Elías. "Agustín Agualongo y su Tiempo". Bogotá, Pub. Academia Colombiana de Historia, 1958.
3. RESTREPO, José Manuel. "Historia de la Revolución de Colombia en América Meridional". Bogotá. Pub. Biblioteca Cultural Colombiana, 1942.
4. IBARRA, Alfonso : "La Progenies de Agualongo". En Revista: *Cultura Nariñense* Nro. 26. Pasto, 1970.
5. GUERRERO, Gerardo León. "Pasto en la guerra de Independencia". TECNOIMPRESORES Bogotá, 1994.